

**“La verdad es aquello por lo que se manifiesta, lo que una cosa es”. Santo
Tomás de Aquino (Ver. 1,1)**

1.- La palabra encarnada, ‘llamada’ a ser compartida.

Este pensamiento de Sto Tomás es el ‘faro’ que ilumina el horizonte hacia el cual nos dirigimos, a través de una vocación. he aquí uno de sus ‘legados’, una vida consagrada a la verdad de las cosas. Santa Teresa Benedicta de la Cruz, Edith Stein, lo ‘vio’ cuando lo estudiara en una de sus ‘obras’ medulares : Quaestiones disputatae de veritate.

Siendo fenomenóloga estudió la misma acercándose a ese gran maestro en el cual pudo encontrar la total coherencia entre su pensamiento y su vida plasmado en su palabra: “La verdad es aquello por lo que se manifiesta lo que una cosa es”.(Ver.1,1).

Seguramente cuando ella escribe su libro sobre La Mujer ¹dice allí: Por ethos vocacional-profesional entenderemos la actitud anímica verdadera, o la totalidad de hábitos que en la vida profesional de un ser humano se presentan como principio intrínsecamente configurador. Por lo tanto, de él sólo puede hablarse cuando la vida profesional presenta de hecho, un sello determinado, unitario, un sello que proviene del interior”. (1)

Ahora bien, Josef Pieper en su libro El descubrimiento de la realidad ²escribe: “En el variado y profundo libro de Nicolai Hartmann, su Ontología, se encuentran las siguientes frases: “El ente en sí no es objeto. Pero, si llega a ser objeto, eso no depende de él, sino de la facultad que la conciencia tiene para objetivarlo. Este libro de Nicolai Hartmann, que indudablemente pertenece a las manifestaciones filosóficas de más alto rango de nuestro tiempo, curiosamente ha sido clasificado en la línea de la antigua Metafísica.

Tal clasificación es inexacta en extremo.

(...) Sin embargo, podrá ser útil comparar para una mejor delimitación, el “segundo concepto” de la verdad de las cosas tal como aparece, resultado de su elaboración, en la Metafísica de la Edad Media, con la tesis de Nicolai Hartmann, y así poner de manifiesto las diferencias, resultará aún más claramente la doctrina de la verdad de las cosas.

¹ Stein Edith, La Mujer, Edit. Palabra, Madrid 1998, p.23

² Pieper, Josef. El descubrimiento de la realidad. Edic. Rialp, Madrid 1974, extractos pp.172-176

Estas diferencias en su esencia son dos. En primer lugar, la doctrina de la verdad de las cosas afirma que éstas son efectivamente de por sí, “objeto”; que por tanto tienen de por sí, un ser ‘para alguien’. Pertenece a su intimidad, el estar referidas al entendimiento “De por sí”, es decir a partir de Dios, el poder ser cognoscibles por el entendimiento ‘finito’.

Las cosas no permanecen en un completo aislamiento en sí mismas, falta de conexión, antes de que nuestro conocimiento la “objective”.

Ser verdadero es lo mismo que “manifestar, iluminar el ser”. (Ver.1,1). Este mostrarse, manifestarse, e iluminar, son intrínsecos a las cosas mismas, de tal forma que ellas son las que manifiestan y denotan lo que son; es el ser de las cosas en virtud de lo que dan noticia de ellas mismas.

Manifestarse, mostrar, dar noticia: todo esto significa relación a un compañero, a un destinatario. En segundo lugar, al dirigir nuestro entendimiento su mirada a las cosas, no es entonces cuando por primera vez entra en relación con ellas a través de esta mirada a las cosas; sino que aquella mutua relación de ser y espíritu finito, existe ya antes de cualquier realización fáctica de conocimiento. La relación objeto-sujeto, según la antigua Metafísica, no es por tanto como dice Nicolai Hartmann “una creación del espíritu; antes bien, esta relación es dada previamente al espíritu. Por ello tampoco puede decirse que la “conciencia” la constituye al situarse adecuadamente el sujeto, el portador de su relación con el mundo. No solamente están las cosas relacionadas de por sí al entendimiento humano, sin la colaboración de éste, y más bien en virtud de su propio ser no creado por el hombre, sino que también el mismo espíritu humano, igualmente al margen de su quehacer, en virtud de su propio ser no creado por él mismo está dirigido al mundo de las cosas. El espíritu finito está ordenado naturalmente al conocimiento de las cosas; naturalmente quiere decir, que no puede ser de otro modo.

Es esa mutua y previa pertenencia del ser objetivo y de la facultad subjetiva del conocer, la que Goethe ha querido expresar con la frase:

“La síntesis de mundo espíritu es la que proporciona la seguridad más feliz de la eterna armonía de la existencia” (Maximen und Reflexionen, nr. 1164).

Tomas de Aquino ha resumido la doctrina de la relación que precede a todo conocimiento actual, del espíritu a las cosas y de las cosas al entendimiento en una frase que de nuevo parece trastocar precisamente aquello a lo que estamos acostumbrados. Esta frase se halla precisamente en el primer

capítulo de las Quaestiones disputatae de Veritate, artículo muchas veces citado, pero casi inagotable en riqueza de pensamiento; la frase dice:

“El conocimiento es fruto de la verdad” (Ver. 1,1)

2. El conocimiento es fruto de la verdad. Las enseñanzas de Tomas de Aquino.

En una reflexión escrita por el profesor, Dr. Roberto Brie sobre la visión de la Universidad la función del maestro, nos dice: “Aún cuando Tomas de Aquino no habló explícitamente de la Universidad, numerosos análisis de sus obras nos muestran con diáfana claridad la visión que tuvo del ‘magister’, cuál era su tarea, y las características fundamentales tanto del maestro como del discípulo en esa fascinante pero difícil tarea de generar capacidad propia de juicio.

En esas obras puede verse ‘el conocimiento como fruto de la verdad’ posible de lograr por parte del maestro y del discípulo. Lo hace desde un aspecto que se quiere destacar en la visión que Thomas tiene del maestro en su actitud frente al error. Actitud posible si está fundada en un clima de tranquilidad interior. Por eso cuando se trata de refutar a los adversarios es proverbial en Sto Tomás, expresarse, en qué términos se aparta de la verdad”, en lugar de hablar explícitamente del error. La primera regla de la disputación exige escuchar, para incluso no reconocer la debilidad del argumento contrario, sino ante todo la “fuerza propia” comenta Pieper.³

La clara conciencia del límite es otro de los rasgos que define al maestro, según Sto Tomás de Aquino. Posiblemente la fuente mayor de los errores, tanto en el orden teórico como práctico, sea la ausencia de la conciencia del ‘límite del conocimiento humano’, “algunas cosas aprehendidas no convencen al intelecto-dice Tomás- hasta tal punto que no lo dejan libre de asentir o disentir, o al menos, de suspender el asentimiento o disentimiento por alguna causa u otra, y en tales cosas, el asentimiento o disentimiento está en nuestro poder, y sujeto a nuestro imperio” (I.II. 17.6), Refiriéndose al discípulo y las dificultades que debe afrontar describe Thomas bajo qué condiciones y con qué obstáculos debe contar, y cuáles deben ser las disposiciones fundamentales. El primer rasgo que señala es ‘la voluntad de querer aprender, de querer saber’.

Hay ciertas disposiciones que Thomas afirma como igualmente necesarias para el maestro, como para el discípulo y que operan con el carácter de *conditio sine qua non*: la primera es ‘la pasión por la verdad!’, como dice en la *Contra Gentes*. (Loc cit, I. cap 4 y cap 5)

³ Pieper J. Tomas de Aquino, un maestro para nuestro tiempo. Edit. Verbo N 350-351, p. 49

Santo Tomás utiliza con sobriedad los adjetivos y los adverbios, pues su uso y abuso, pueden desfigurar la necesaria medida y objetividad.

Pero en este tema afirma sin ambages que “studium proprie importat vehementer applicationem mentis ad aliquid” (II.II. 166. I.c) (el estudio minucioso implica una fuerte aplicación de la mente a algo)

Expresa el Dr. Brie: “En un mundo como el que nos toca vivir en el que se ha sustituido la búsqueda de la verdad por la búsqueda de la eficiencia y el éxito, es difícil entender esta condición que Tomás establece como condición absoluta para el docente como para el discente; y esa búsqueda es ininterrumpida, es constante: “en relación al conocimiento de la verdad todos los hombres se hallan en movimiento y tendiendo a la perfección; pero los que lo siguen descubren algunas cosas más sobre lo que habían descubierto sus antecesores, como se dice en el libro segundo de la Metafísica” (Contra Gentes III. 48). Con todo Tomás reconoce con un realismo notable, que “aquellos que quieren padecer este trabajo por amor del conocimiento, son pocos, a pesar de que Dios ha insertado en las mentes de los hombres un apetito natural de conocer, el cual puede ser entendido, o como la tendencia natural del intelecto hacia la verdad, o como el apetito natural de la voluntad que no puede dejar de desear el conocimiento” (cf. Op. Cit . p. 63, nota 22)

Intrínsecamente vinculado a este apetito natural por la verdad, Santo Tomás analiza menudamente ese punto de partida del conocimiento, que es la ‘admiración’, la capacidad de asombrarse y admirarse ante lo desconocido: En los comentarios a la metafísica de Aristóteles describe esta experiencia interior en los siguientes términos: “...porque quienes fueron los primeros en filosofar y también los que ahora filosofan, comienzan a filosofar por la ‘admiración’ de la causa de alguna cosa, con alguna diferencia al principio y después de algún tiempo: porque al principio se admiraban de algunas pocas cosas dudosas, de las que estaban más a su alcance conocer sus causas, pero luego pasaron al conocimiento de cosas más ocultas. Sin embargo –prosigue el Aquinate- es sabido que la duda y la admiración nacen de la ignorancia: cuando vemos ciertos efectos manifiestos cuyas causas se nos ocultan, nos admiramos de dichas causas. Además, del hecho fue lo que indujo a filosofar, se demuestra que el filósofo es algún amante de las fábulas propias de los poetas. Por eso los primeros que de manera un tanto fabulosa trataron los principios de las cosas, fueron los llamados poetas teologizantes, como los llamados siete sabios. Y la razón de que el filósofo se compare con el poeta, es que ambos se ocupan de las cosas maravillosas, admirables

(Sobre esto dice Rilke: “Pero la existencia está aún encantada: en cientos de lugares es todavía origen; un juego de fuerzas puras, que nadie ‘toca’, si no se arrodilla y ‘admira’.

Y porque la admiración nace de la ignorancia, es evidente que se movieron a filosofar para huir de la ignorancia. Y por tanto es también evidente que fueron en busca de la ciencia, no por la utilidad de la misma sino por el solo saber”. (In Met. Lib II. Q 41. a. 4, ad 5)

3. El ‘estudio ‘de la filosofía.

Después de estas reflexiones que nos permitió realizar este ‘buen amigo’, eminente profesor, Dr. Roberto Brie, quien fuera vice-presidente de esta Sociedad Tomista Argentina continuamos con el ‘legado’ de la palabra de Sto Tomás, el cual en uno de sus pensamientos, nos ofrece estas palabras:

“El estudio de la filosofía no es para que se sepa lo que han pensado los hombres, sino cómo está la verdad de las cosas” (Sto Tomas In I De coolo et mundo, 1,22)

Pero entonces surge en nosotros seguramente, ‘cómo hacerlo posible teniendo en cuenta, dos cosas: La necesidad por un lado, y los peligros de la divulgación filosófica. Para responder a esto, nos acompaña las palabras de Pablo VI: “Es pues de una importancia capital, más aún, de primera necesidad que los filósofos y los teólogos se interesen por todas las manifestaciones de la vida de nuestro tiempo, escuchen preguntas que vienen particularmente de los jóvenes, comprendan las aspiraciones a veces confusas que nacen de lo más profundo de los corazones y que en una palabra, sepan escuchar para responder, de acuerdo con las leyes esenciales del diálogo que nosotros mismos recordábamos en nuestra primera encíclica “Eccellsiam suam...”

Hay, en esto es necesario decirlo, algo más que una exigencia pedagógica: se trata de una exigencia profunda, inherente a la misma naturaleza del hombre y de la verdad de salvación que nosotros queremos ponerle al alcance...”⁴

Sin lugar a dudas ese dirigirse hacia la verdad de las cosas, supone que retornemos a la ‘palabra encarnada’ en la Edad media de ‘intellectus et ratio’. La ratio es la facultad del pensar discursivo, del buscar e investigar, del abstraer, del precisar y concluir. El intellectus en cambio es el nombre de la razón en cuanto facultad del ‘simplex intuitus’, de la ‘simple visión’, a la cual se ofrece lo verdadero como al ojo el paisaje. Ahora bien: la facultad cognoscitiva espiritual del hombre, y así lo entendieron los antiguos, es ambas cosas: ratio e intellectus, y el conocer es una actuación

⁴ Pablo VI. Discurso en el Congreso Tomista Internacional. 12 de septiembre de 1970.

conjunta de ambas. El camino del pensar discursivo está acompañado y entretejido por la visión comprobadora y sin esfuerzo del intellectus, el cual es una facultad del alma no activa, sino pasiva, o mejor dicho, receptiva: una facultad cuya actividad consiste en recibir.⁵

Ahora bien, esta primera facultad no activa, sino pasiva, es sumamente importante para dirigirse a la esencia de las cosas. En su libro “Ensayos filosóficos I, el profesor, Dr. Hector Mandrioni, ‘carisimo maestro!’ escribe en su reflexión sobre “Pensar la ciudad”: “Pensar la ciudad es ponerse en el camino hacia su verdad, pero ésta debe ser “vista” y “oída”. La verdad como revelación del ser, guarda en su riqueza interior en identidad nativa, dos indesligables dimensiones que se destacan sin perder su unidad, cuando entran en el espacio iluminado que abre e irradia el pensamiento. El espíritu humano es como un gran destello que brota desde dentro resplandeciendo en la figura de la corporeidad vibrátil, toda ella intención; expresión y comunicación, órgano en el que se plasman las significaciones de la mente y las comprensiones del corazón.

Cuando surge la verdad ante la intencionalidad del espíritu, ella descompone su riqueza en dos contenidos distintos: la esencia y el sentido. La esencia de la verdad se muestra a la mirada intuitiva del espíritu, y el sentido, habla al oído cordial del mismo espíritu. Cuanto más pensante se vuelve un pensar, tanto más la cosa pensada se descarga de todo aquello que cubre su “eidos”, con un velo adventicio y seguro para entregar en ‘la transparencia de la visión’ el diseño originario. Cuanto más pensante se torna un pensar, tanto más la cosa pensada libera su “sentido” de toda interpretación interesada y segunda, para regalarnos en la locución silenciosa de su ‘palabra’, su dictum auténtico.

Pensar la Ciudad requiere por tanto captar su forma y escuchar su sentido. Ojo y oído transidos de espíritu que contacta óptica acústicamente con el ser verdadero de la Ciudad: Ver oyendo y oír viendo, pero en la luz del espíritu. El pensar nos exige en consecuencia, transitar el difícil sendero que nos marca una Eidética de la forma, y una hermenéutica del sentido. Tal vez podríamos acercarnos a la Ciudad para pensarla desde una dimensión en la que manteniendo la totalidad unitaria de las distintas configuraciones anímicas que la dejan aparecer y vibrar en el plano fenoménico, muestre su esencia y su sentido fundamentales.⁶

Sto Tomás en Quaest, disp., de veritate, 15,1 expresa sobre esta unión de intellectus y ratio: “Aunque el conocimiento del alma humana tiene lugar del modo más propio por la vía de la ratio,

⁵ Leclerc J- Pieper Josef. De la vida serena. Edit. Rialp. Bs. As. 1965. Pp 74-75

⁶ Mandrioni Hector. Ensayos Filosóficos I. Itinerarium .Bs.As. 1987, p.64

hay sin embargo, en él una especie de participación de aquel conocimiento simple, que se encuentra en los seres superiores, de los cuales se dice por esto que tienen la facultad de la intuición espiritual”.

Y Edith Stein, esa gran mujer del siglo XX, en una carta a Roman Ingarden ⁷ dice sobre la ‘intuición’:

“El filósofo francés Henry Bergson ha creado la infraestructura filosófica para esta moderna aspiración, que deja a un lado todas las conquistas espirituales del pasado. Esta infraestructura se llama ‘intuición’.

Esta sería una fusión del instinto en sí ciego, o todavía mejor de la adivinación espiritual, con el entendimiento, la cual fusión, hoy todavía raramente, sería tal vez, la fuerza cognitiva del futuro. Los poetas de todos los tiempos han dado prueba de ello, que la más o menos adormecida adivinación espiritual puede abrir en todo hombre sorprendentes perspectivas en el engranaje del mundo, y los escritos de Bergson son testigo de ello”.

Ciertamente nos lo muestra Jorge Guillén al referirse a García Lorca, escribe:

“Federico G. Lorca fue una criatura extraordinaria.

Criatura significa esta vez más que el hombre.

Porque Federico nos ponía en contacto con la Creación.

Con ese conjunto de fondo en el que se mantienen las fuerzas fecundas.

Y aquel hombre era ante todo, manantial, arranque fresquísimo de manantial.

Una transparencia de origen, entre los orígenes del Universo

Tan recién creado y tan antiguo.

Junto al poeta se respiraba un aura, que él iluminaba con su propia luz.

Pero no fue por acumulación de originalidad, sino, por originalidad de la

Criatura del Creador,

Inmerso en la Creación

Encrucijada de la Creación

Y participante de las profundas corrientes creadoras”

(Jorge Guillén, Obras Completas)

⁷⁷ Stein. Edith, Cartas a Roman Ingarden, Editorial de Espiritualidad Madrid, 1998, pp. 97-98.

Al leer estas palabras sobre Federico G. Lorca, nos encontramos con una concepción sobre el mismo, realista, creacionista, participacionista, como la vemos en Sto Tomás, conductora hacia la ‘verdad de las cosas’. Y poseedora de una seria ‘honestidad intelectual’.

“Honrado” significa etimológicamente ‘lo que es objeto de honra’. La honradez intelectual.

Esta es a su vez, sinónimo de ‘rectitud moral’, la cual significa ‘ausencia de mentiras (sobre todo vitales), estafas, trampas.

Supone un genuino amor a la verdad. (Prof. Dr. Emilio Komar)

A la luz de aquello que ha vertebrado toda la reflexión sobre ‘la palabra encarnada’ de Santo Tomás de Aquino, esa ‘luz’ nos condujo a su ‘legado’ en torno a “la verdad de las cosas, aquella por lo que se manifiesta lo que una cosa es”.

Esto es como parte de su ‘legado’, lo que hoy celebramos...

“Begehung”. Caminando sobre su fiesta, su Fiesta del fin sin fin frente a La Luz!

María del Carmen Fernández

RESUMEN

“La verdad es aquello por lo que se manifiesta lo que una cosa es”.

Sto Tomas de Aquino. Ver.1,1.

Esta es la palabra encarnada que ha vertebrado nuestra reflexión.

Ella condensa aquello que decía Nicolás de Cusa: “Si tu serás tuyo yo seré tuyo”

Una vida en verdad y unidad, desde la fidelidad a su propia esencia. Seguramente por ello se produjo el ‘encuentro’ entre Edith Stein y este ‘maestro’. Esta filósofa y pedagoga del siglo XX en la intimidad de su ser, consagró su vida a la verdad de las cosas.

Lo hizo encontrando las palabras en el Evangelio de San Juan en el capítulo 17, versículo 17: “Conságralos mediante la verdad, tu palabra es verdad”.

Sto Tomás ha resumido la doctrina de la relación que precede a todo conocimiento actual, del espíritu a las cosas y de las cosas al entendimiento en una frase que de nuevo, parece trastocar precisamente aquello a lo que estamos acostumbrados. Esta frase se halla en el primer artículo de las Quaestiones disputate de veritate. La frase dice:

“El conocimiento es fruto de la verdad”. Ver.1,1

Celebraremos ésta, ‘su’ fiesta. Com-partiendo parte de su ‘legado’ ‘viendo’ y ‘oyendo’ su palabra encarnada.

Curriculum Vitae.

María del Carmen Fernández. Profesora de Filosofía y Pedagogía por el Instituto Superior del Profesorado Dr. Joaquín V. González.

Dedicada al estudio especulativo en Antropología filosófica desde 1970.

Participante y disertante en Congresos de Filosofía Nacionales e Internacionales.

Publicaciones de Ensayos filosóficos y literarios.